

## PUERTO RICO Y LA SOCIEDAD MUNDIAL\*

GORDON LEWIS\*\*

**P**UEDE ser una perogrullada afirmar que Puerto Rico existe dentro de una triple matrícula: la del Caribe, la de América Latina y la del mundo en general. Y, sin embargo, es una perogrullada que resiste la repetición ya que su realización práctica se ha visto obstruida por el espíritu localista que impone la mentalidad colonial. Hasta recientemente ha habido un aislamiento geográfico de toda la región, aislamiento del resto del mundo. Todavía queda un aislamiento psicológico. Ni tan siquiera una lengua común pudo impedir la fragmentación de la Federación de las Indias Occidentales. Aunque la "mentalidad de isla pequeña" con frecuencia ha sido censurada por el escritor liberal, éste mismo, con demasiada frecuencia, ha concluido que la región entera no puede hacer otra cosa mejor que resignarse a convertirse en una esfera norteamericana de influencia; así lo demuestran libros como *The Caribbean* de Adolphe Roberts o *The Caribbean Danger Zone* del profesor Fred Rippy (ambos publicados en el año decisivo de 1940). Desde luego, la actitud de los amos coloniales ha sido una de franco desprecio. Un antiguo ministro de colonias francés pudo escribir un libro sobre el reino colonial de Francia haciendo una breve mención de las Antillas, y aún esa referencia consistía de unas cuantas páginas que describían nostálgicamente al "viejo imperio" antes de 1789, mientras que los puertorriqueños han tenido que soportar la complacencia norteamericana, tan bien resumida en el comentario hecho por uno de los primeros autores norteamericanos sobre la isla en el sentido de que "no hay razón para pensar que habrá descontento en el futuro bajo el gobierno liberal y benéfico de los Estados Unidos".<sup>1</sup> De esta manera se ha frustrado efectivamente la capacidad de la so-

\* Traducido por José E. González.

\*\* Profesor del Colegio de Ciencias Sociales de la Universidad de Puerto Rico. Este es el cap. 23 de su libro en publicación *Puerto Rico: Freedom and Power in the Caribbean*.

<sup>1</sup> Jacques Stern, *The French Colonies Past and Future* (Nueva York, Didier, 1944); y A. D. Hall, *Puerto Rico. Its History, Products and Possibilities* (Nueva York, Street and Smith, 1898), p. 26.

ciudad caribeña de hacer una contribución positiva a la civilización mundial. Esa sociedad, de hecho, ha pertenecido a aquella civilización más amplia en un sentido indirecto, como el apéndice de varias potencias mundiales y no en un sentido directo por derecho propio.

Al derrumbarse el colonialismo, está listo el escenario para que ese rol positivo y directo se haga sentir. Hay la promesa de crecimiento de una nueva personalidad internacional a medida que los estados que acaban de obtener su independencia se conviertan en miembros activos de las organizaciones internacionales. Hay una constante proliferación de servicios comunes entre los miembros de la región del Caribe. Visto desde una perspectiva de largo alcance, hay nuevos problemas fascinantes que encarar y resolver: la función de la pequeña nación-estado dentro de una tecnología internacionalista, la relación dinámica entre nacionalismo y orden mundial la contribución cultural que la sociedad afroantillana, plástica y complicada, puede hacer a "un mundo" en que la variedad debiera ser el condimento de la vida; la nueva importancia de la raza en el mundo moderno, la urgente necesidad de formular políticas de gran magnitud para enfrentarse a los problemas de población y de pobreza mundiales, problemas éstos que hasta la fecha no han sido atendidos por las naciones "poseedoras" en detrimento de las naciones "desposeídas", etc. Pues, en términos más generales, el viejo mundo se está desquiciando, no sólo en el sentido inmediato y dramático de estar atrapado en la edad nuclear, sino en el sentido menos dramático de haber llegado a una de las grandes fronteras decisivas de la historia mundial. Ya sea que este momento histórico se defina como el avance final de la industrialización por todo el mundo o como el desplazamiento del capitalismo atlántico por el socialismo euroasiático, o como la revolución de las masas olvidadas, se abre un nuevo mundo para los pueblos del Caribe, seguramente tan nuevo como el mundo que abrió originalmente el descubrimiento o el que desató la histórica emancipación de los esclavos. Otra manera de decir lo mismo es, tal vez, que estos pueblos por fin tienen la oportunidad de influir sobre el mundo exterior en vez de ser influidos por éste. Durante cuatro siglos, su debilidad ha significado que los Estados Unidos y Europa han podido extender los conflictos de las grandes potencias coloniales a sus posesiones del Caribe, añadiendo así nuevos factores de desorden social a los ya existentes. De esta guisa, la tregua social de la aristocracia rural de Barbados fue destruida por la intrusión de la guerra civil británica entre Royalist y Roundhead a mediados del siglo dieciséis; cada una de las etapas de la gran Revolución francesa fue exportada a la nueva arena del negro Haití, terminando con la imitación servil y absurda del cesarismo napoleónico en la gran *Citadelle* del rey

Henri Christophe, mientras que hoy, las nuevas alineaciones políticas de la región parecen estarse realizando en respuesta a los dictados de la Guerra Fría. Puede ser demasiado temprano para declarar que las nuevas fuerzas permitirán que el Caribe ponga fin a esta suerte de intervencionismo, pero al menos, podrán ofrecerle alguna clase de resistencia. El resto depende del resultado de principios y potencias generatrices en una dimensión mundial sobre los cuales estas sociedades diminutas y débiles jamás pueden esperar ejercer ningún control verdadero.

El primer elemento —y el más destacado— de los que integran la “nueva situación” en las regiones antiguamente coloniales, es, desde luego, el crecimiento de un nuevo nacionalismo en momentos en que en las sociedades avanzadas de Occidente se ha puesto de moda hablar del “fin del nacionalismo”. Esto, ciertamente, resulta irónico, pues el principal amigo del movimiento libertador colonial fue la ideología radical socialista de los partidos de izquierda metropolitanos que anticipaba el reemplazo del nacionalismo por el socialismo internacionalista. Al igual que el comunismo marxista, esa ideología sin duda alguna subestimó el poderío emocional del nacionalismo; tendía a verlo solamente como una fuerza socialmente reaccionaria y, puesto que nacionalismo, para los arquitectos primordiales de la Primera y la Segunda Internacional, significaba en efecto nacionalismo europeo, se identificó con la fragmentación políticamente retrógrada de los estados del Báltico y de los Balcanes. Sin embargo, el “nuevo nacionalismo” ha dado al patriotismo una infusión nueva de vida puesto que ha aparecido como el principal antagonista del imperialismo y del colonialismo; ha socializado al nacionalismo en la medida en que trata de conducir al campesino y al obrero a una sociedad reconstruida; en modo semejante, está peculiarmente galvanizado por su identificación con la nueva religión del orgullo racial, y, finalmente, subraya la dimensión cultural del credo nacionalista en sociedades en que el imperialismo cultural europeo o norteamericano han denigrado a la cultura local y entronizado a la cultura metropolitana. Para el nuevo criterio —para usar la frase del poeta inglés Tennyson— cincuenta años de Europa ya no es igual a un ciclo de Catay. Según ha dicho Sekou Touré, hablando como portavoz de todos los nuevos nacionalistas de Asia, Africa y la América Latina, para ellos el nacionalismo es psicológicamente inevitable. Orgullo civil, identificación personal y colectiva con la cultura, verdadero amor al país, son todos elementos en la mezcla. “El nuevo nacionalista tiene que buscar una capital dentro de sí mismo” —ha declarado un escritor local refiriéndose al ciudadano del Caribe— “en que el color de su piel le provea de la misma seguridad, la misma

dignidad, el mismo orgullo de que han disfrutado por años el inglés o el canadiense. *Civis Antillia* o *Civis Caribbeanus* —cualquiera que sea la designación nacional— debe tener la misma fuerza que el *Civis Romanus* de hace siglos o el *Civis Britannicus* de ayer”.<sup>2</sup>

Algunos aspectos de todo esto demandan atención especial, pues plantean graves cuestiones relativas tanto a la política práctica como a la ideología social. Para empezar, hay un elemento tradicionalista dentro del nuevo patriotismo en el sentido de que funciona como un agente catalítico en la construcción de una nueva unidad social; un cemento social, por decirlo así, para mantener unidos los diversos subgrupos raciales y religiosos de sociedades pluralistas, subgrupos a los que antes mantenía juntos solamente el poder imperial. Esto puede hacerse, pues el caso del Congo Belga no comprueba por sí mismo las profecías pesimistas de la escuela Furnivall en su análisis de la “sociedad plural”. En verdad, James Anthony Froude se anticipó de cierta manera a ese pesimismo en su infame libro, *The English in the West Indies*. Sin embargo, su profecía en el sentido de que con la independencia, bajo una mayoría negra, los blancos de las Indias Occidentales emigrarían en masa, no se ha cumplido.

Pero queda, desde luego, el problema de forjar un nuevo nacionalismo cívico, pues la tragedia de la incertidumbre y la discontinuidad en la vida nacional persigue al ciudadano de las Antillas que piensa. Como ha dicho un puertorriqueño: “No estamos seguros de nosotros mismos, de modo que seguimos prendidos a la memoria de la pasada grandeza. No hemos sido asimilados todavía y nos creemos españoles o negros, grandes o jíbaros, amos o esclavos rebeldes. Pocos hemos logrado unir las hebras de nuestra cultura y vemos la posibilidad de nuevos patrones brillantes”.<sup>3</sup>

Cómo es que el nuevo nacionalismo procede a hacer frente a este legado social del pasado constituye uno de los aspectos fascinantes de los “nuevos mundos”, incluso el Caribe. Una vez se hace cargo del poder del estado, erige partidos políticos que no sólo gobiernan sino que consagran el nuevo principio nacional. Por lo tanto, los grupos de oposición, para poder actuar con efectividad, tienen que situar ese principio más allá de las fronteras del debate partidista. La maquinaria del nuevo estado se emplea entonces en la labor de “descolonizar”, o sea la reconversión, como ha dicho el Partido Demócrata de Guinea en una declaración política, de los hábitos coloniales a costumbres nacionales. Naturalmente, una nueva educación de las masas desempeña un

<sup>2</sup> Reginald Clyne en *The Torchlight* (St. Georges Grenada, B. W. I.), 25 de enero de 1957.

<sup>3</sup> Wengell Brown, *Dynamite on Our Doorstep* (Nueva York, Greenberg, 1945) p. 221.

papel importante en la tarea. El énfasis no es en la educación como cultura abstracta o mero refinamiento intelectual personal sino como la cultura moral e intelectual de todo un pueblo. Insiste sobre lo que el erudito africano Aliéune Diép ha llamado el vínculo natural entre la política y la cultura, reviviendo así para las nuevas sociedades afroasiáticas las políticas clásicas del antiguo mundo grecorromano. El dirigente político no es, para aclarar, el tipo de político norteamericano "de maquinaria", con sus prejuicios anti-intelectuales, ni es por otro lado el tipo de político-*gentleman* inglés cuyos modales refinados y conocimientos se expresan dentro del estrecho marco del *Establishment* nacional británico. Desde luego, al ideal suele honrarse con frecuencia más en la excepción que en la observancia, y puede conducir fácilmente al "culto de la personalidad". Sin embargo, el Caribe, que no tiene la tradición africana de un comunismo social ni el pasado histórico de civilizaciones perdidas de Africa, ha logrado con extraordinario éxito crear el nuevo tipo de líder: ya sea el poeta-político como Muñoz Marín, o el erudito de Oxford que se ha convertido en educador de las masas como el doctor Eric Williams, o el Consejero de la Reina que halla un nuevo *carisma* en la política como Mr. Norman Manley, o Aimé Césaire cuyo poema *Cabier d'un retour au pays natal*, es la confesión de fe, fiel a la tradición de Rousseau, del nuevo humanismo del Caribe. Y para no quedarse atrás, el retrato impresionista que Jean Paul-Sartre hace del doctor Castro sugiere que el líder cubano pertenece a la misma augusta compañía.

El nuevo nacionalismo, yendo más allá, erige sus propios Panteones nuevos a la fama nacional. El orgullo substituye a la ignominia como la actitud dominante hacia el pasado nativo. Un nuevo culto de los héroes reemplaza al viejo, que se tomó prestado a los anales del poder imperial. El proceso ha ido muy lejos en México donde, ilógicamente, los tiranos de la época precortesiana, han sido transformados en los grandes protagonistas de la revolución democrática nacional. El proceso se ha iniciado en el propio Caribe. Sólo es cuestión de tiempo antes de que los héroes olvidados del pasado criollo, a los cuales ahora se hace referencia ocasionalmente en breves artículos de periódicos o en revistas eruditas —Gordon y Richard Hill en Jamaica, Arizmendi y Betances en Puerto Rico, Falconer en Dominicana, Thorne y Webber en la Guayana Británica, para nombrar sólo a unos pocos— substituyan a la galería de héroes "de la madre patria" en los textos escolares y en los discursos cívicos. Hasta un nuevo tipo de erudición se hace sentir que concentra sobre la historia social de las clases pobres de las Indias Occidentales y recalca una nueva interpretación de los acontecimientos, como, por ejemplo, *The Black Jacobins* de C. L. R.

James o *Capitalism and Slavery* del doctor Williams, en contraste con el punto de vista que había prevalecido hasta la fecha: el de la metrópolis. Todavía queda mucho que hacer en ese campo, pues las gestas heroicas de la historia del Caribe aún esperan al moderno Tucídides que las inmortalice. Ahí están la guerra de liberación de Haití, la prolongada lucha de los Maroons en Jamaica, la Guerra de los Diez Años en Cuba, para no mencionar las numerosas revueltas de esclavos. Y uno de los aspectos más importantes de todo eso es que el historiador del futuro tendrá que poner énfasis sobre el hecho significativo de que en el esfuerzo del Caribe por proteger su cultura indígena contra la opresión y el abandono, la defensa más viril ha provenido de las clases bajas de la región. Las clases media y alta en general han imitado servilmente los modelos culturales de la metrópolis. Hay una gran verdad en la acusación formulada por Mahatma Gandhi en el sentido de que "somos nosotros, los hindúes que sabemos inglés, los que hemos esclavizado a la India" y esto se aplica tanto al Caribe como a la sociedad de la India. Por ejemplo, fue la clase *jamette* de Trinidad la que mantuvo viva la tradición del Carnaval en tiempos en que los criollos respetables la rechazaban. Más tarde, la banda de acero emergió de los recovecos de las clases bajas en las colinas de Laventille en los años posteriores a la guerra. La tradición musical afrocubana halló sus más firmes seguidores entre el proletariado negro cubano. Un caso parecido es el de las leyendas Maroon de Jamaica y la tradición oral de la décima en Puerto Rico. Freyre ha señalado en su estudio monumental sobre el Brasil que fue el esclavo africano y no el señor europeo quien mantuvo viva la tradición de la agricultura brasileña al continuar el cultivo de alimentos indígenas. Es obvio que en esta coyuntura el credo nacionalista se une a la tradición del "socialismo radical". Sería fatal que en el futuro perdiera esa conexión.

Gran parte de esto —no es necesario decirlo— nada tiene de nuevo. Hay algo ahí de la religión cívica de la ciudad-estado griega. Hay aún más, un elemento del primer nacionalismo europeo, algo como el intenso patriotismo inglés, que hallamos, por ejemplo, en los dramas históricos de Shakespeare. Lo que tal vez es nuevo es el componente adicional de raza y de sentimiento racial. La emergencia de los pueblos coloniales desde 1939 ha sido, en el fondo, la emergencia de los pueblos de pigmentación diferente a la blanca. En su nuevo evangelio se unen, básicamente, el orgullo racial y el sentir nacionalista. Gran parte se puede trazar a Marcus Garvey, a la ideología del "retorno a África", a la exhortación a un sionismo negro; gran parte es una nueva variante del viejo tema de la soberanía nacional por separado. "Renunciaremos" —declamó Garvey al expresar típicamente la ideología—

"al vano deseo de tener un asiento en la Casa Blanca en los Estados Unidos, o una curul en la Cámara de los Lores inglesa, o de ser Presidente de Francia, por la oportunidad de ocupar estas posiciones en uno de nuestros propios países".<sup>4</sup> El sueño se ha convertido seguramente en realidad durante los años que siguieron a la muerte del "profeta negro", en la obscuridad y en la pobreza en el Londres de 1940. En el Caribe ese sueño tiene una virulencia peculiar, ya que se ha alimentado con la historia sórdida de las relaciones raciales en el área. Es bien conocido el desprecio que Napoleón sentía hacia los negros. Es interesante observar que el numeroso grupo de detractores parisienses que, resentidos por la pérdida de Haití, ridiculizaron a la nueva monarquía negra de Henri Christophe tuvieron su respuesta en la extraordinaria serie de libros compuestos por el curioso Barón de Vastey. En estos libros se hacía la defensa histórica de la tradición cultural negra y fueron publicados en la propia corte haitiana.<sup>5</sup> Sin embargo, los norteamericanos continuaron la tendencia francesa. La actitud predominante entre los norteamericanos hacia los pueblos de color del Caribe se halla adecuadamente resumida en el grosero comentario de John Adams, al descartar a Hamilton: "Nacido en una mancha más oscura que Córcega, de un original no sólo despreciable sino infame". El prejuicio racial se hizo más peligroso a medida que, en el siglo que corre, los norteamericanos lo llevaron a los sitios donde establecieron su esfera de influencia dentro del área del Caribe. Todas las instituciones públicas de la Zona del Canal de Panamá se basaban en políticas de "Jim Crow", práctica que contó con el apoyo de los sindicatos "impolutamente blancos" de la Federación Norteamericana del Trabajo (AFL) hasta que fueron invadidos por los organizadores del Congreso de Organizaciones Industriales (CIO) después de 1947. Gran parte de las actuales actitudes haitianas hacia los norteamericanos, para dar otro ejemplo, arraigan en el período de la ocupación por los Estados Unidos después de 1915. Entonces se permitió a los oficiales y subordinados del Cuerpo de Infantería de Marina convertirse en verdaderos potentados en sus distritos administrativos. Uno de ellos compuso más tarde un libro, en el que cuenta sus experiencias, con el título ofensivo de *The White King of La Gonave*.<sup>6</sup> La profunda herida que dejó el paso de la "supremacía blanca" todavía lastima a la

<sup>4</sup> *Philosophy and Opinions of Marcus Garvey*, 2 Vols., compilado por Amy Jacques-Garvey (Nueva York, Universal Publishing House, 1926), vol. II, p. 107.

<sup>5</sup> Baron de Vastey, *Le Système Colonial Devoilé*, imprimé au Cap Henri, 1814; *Reflexions sur une lettre de Mazères, ex-colon Français, sur les Noirs et les Blancs, la civilization de l'Africa le Royaume de'Haiti*, Cap Henri, 1916 y *Reflexions Politiques sur Quelques Ouvrages et Journeaux Français concernant Haiti*, de l'imprimeries Reyale a Sans Souci, 1817.

<sup>6</sup> Faustin Wilkins y Tanay Dudley, *The White King of La Gonave* (Nueva York, Doubleday, Doran and Co. 1931.)

conciencia caribeña, tanto en lo individual como en lo colectivo. Curar esa herida es una de las primeras tareas de los nuevos hombres de estado, de color, en la región. No sorprende, pues, que la nueva política nacionalista esté saturada de este llamado conmovedor al nuevo orgullo racial, de un sentimiento nuevo de respeto propio:

*Soon, in the West Indies  
It will be Please, Mr. Nigger, Please.*

En este punto se hará evidente que Puerto Rico está dentro y fuera de todo esto. Dentro, porque la política oficial del gobierno del Estado Libre Asociado es de nacionalismo cultural aun cuando desconozca a la ética nacionalista en sus normas políticas y económicas. La influencia de la doctrina del doctor Pedreira de "afirmación cultural" es clara en varios campos de actividad: el teatro, la educación, el fomento de las artes, la conservación planificada del San Juan histórico y la política fiscal hacia la pequeña industria. Más allá de las fronteras oficiales, el artista y el escritor casi unánimemente están de parte de una puertorriqueñidad vital y creadora. René Marqués ha señalado el hecho significativo de que, casi sin excepción, ningún novelista puertorriqueño ha escrito favorablemente a la idea del anexionismo con los Estados Unidos. Es posible que los puertorriqueños, como masa, se comporten como norteamericanos, pero sienten intensamente que son puertorriqueños. El distingo no es siempre lógicamente correcto, pero su fundamentación sentimental está sin duda alguna presente. Se refuerza éste, además, por otros rasgos culturales —por ejemplo, el respeto a los ancianos, o un bien difundido sentido de la historia— que en general no se consideran puntos fuertes en la superordinada cultura norteamericana. Eso explica por qué, quizás, existe un verdadero respeto entre el pueblo por los viejos combatientes del grupo, ahora retirados, como don Florencio Cabello, quien, como antiguo socialista, participó activamente después de 1920 en la creación de los nuevos proyectos de viviendas para los obreros, conocidos ahora como los arrabales de Barrio Obrero; o como doña María de Pérez Almiroty, quien, en los años siguientes al 1936, fue la primera mujer en formar parte del Senado, en tiempos en que la política era considerada celosamente como prerrogativa masculina. También explica, para tomar otro ejemplo al azar, porqué existe un verdadero orgullo en las famosas madres puertorriqueñas, como Pilar Defilló, cuyos recuerdos de la isla ayudaron a formar la vida y el arte de su hijo, Pablo Casals, o como Raquel Rose Hoheb, quien no sólo desafió los convencionalismos españoles al salir de su hogar en Mayagüez para irse hacia 1870

a estudiar arte en París; sino que se casó con un inglés, criado en Saint Thomas, y fruto de la unión fue William Carlos Williams, gran poeta norteamericano. Los puertorriqueños se sienten orgullosos de su contribución, no importa lo modesta, a la más amplia sociedad mundial. Si Garvey podría escribir con orgullo del aporte que las civilizaciones africanas de Cartago y de Alejandría hicieron al mundo antiguo; Muñoz Rivera, como crítico hispanocaribeño, podía con justicia recordar a los norteamericanos que Las Casas había iniciado la labor de llevar el cristianismo a los aborígenes de América mucho antes de que William Penn comenzara su labor con los indios de Norte América.<sup>7</sup>

Pero si Puerto Rico está dentro de la nueva tradición nacionalista, también está, en muchos sentidos, fuera de ella. El vínculo político norteamericano una vez más, aquí como en otras partes, obstruye seriamente cualquier especie de alianza fructífera con las nuevas naciones para quienes "independencia" es casi una palabra mágica. Al enfocar al nacionalismo (como lo hizo en sus conferencias de Harvard) como una barrera artificial en vez de una frontera natural, el gobernador Muñoz Marín hace difícil, si no imposible, establecer cualquier clase de comprensión simpática de la nueva ola del nacionalismo que lo rodea. Libertad sin independencia parece al sentimiento nacionalista como Hamlet, por decirlo así, sin el Príncipe de Dinamarca, y ninguna cantidad de refinamientos lógicos, tipo Muñoz, va a socavar esa convicción. Además, hay dos factores que conspiran para reforzar la tendencia aislacionista que se aleja de la corriente principal. En primer lugar, la puertorriqueñidad no cuenta con el tremendo estimulante del sentimiento nacionalista negro, tanto en términos de orgullo como de prejuicio. La peculiar historia étnica de la isla así como la ambivalencia psicológica ante todo el problema de las relaciones entre razas, que saturan la manera de ver del isleño, ya han sido observadas. Un prejuicio racial latente, como cuestión de hecho, hace que el puertorriqueño se conciba como un pueblo aparte del Caribe predominantemente negro. Este tópico ha sido explorado con franqueza y plenitud por los escritores puertorriqueños; tal vez pueda trazarse a la *Leyenda de los veinte años*, de 1874, de Tapia. Hay elementos afronegroides en la cultura popular, así como en el habla del pueblo. Pero, con demasiada frecuencia, un sentimiento de vergüenza lleva a la gente a justificarse racionalmente alegando que son "españoles" o por lo menos de origen "moro". Mientras prevalezca este sentimiento, los puertorriqueños se estarán cerrando las puertas cuando surja la cuestión de identificación con el Caribe. Se convertirán, por decirlo así, en sus propios verdugos.

<sup>7</sup> Luis Muñoz Rivera, *La Democracia*, San Juan, Puerto Rico, octubre 28 de 1911.

El segundo factor que refuerza la tendencia aislacionista no deja de estar relacionado con el primero. El sentimiento injustificado de superioridad racial no está muy lejos de un sentimiento semejante en lo social. Una gran parte del nacionalismo cultural puertorriqueño, como una gran parte del sentimiento latinoamericano, ha sido motivado por el impulso natural de las clases gobernantes locales, junto con los grupos profesionales, a proteger su propio estilo semifeudal de vida contra la idea democrática. Ha sido fácil disfrazar los motivos bajo el amparo de una ideología racionalizante en que los modales y los gustos "españoles" o "latinos" se oponen a la vulgaridad "norteamericana". Es evidente aquí el disgusto platónico ante el hombre democrático, especialmente a la luz del profundo sello del saber y la filosofía tradicionales de Europa sobre la educación universitaria latinoamericana. Como lo hiciera Manuel Gálvez, en *El solar de la raza*, se presenta el cuadro de una España idealizada, de austeridad e hidalguía, en contraposición a una Norteamérica sensual y materialista. Aún más, la alegoría Calibán-Ariel se utiliza, como lo hace Rodó, para defender a la sociedad aristocrática frente a la democrática. Estas influencias intelectuales sin duda ayudaron a formar la variante puertorriqueña del tema, tal como puede verse en *Insularismo* de Pedreira, y ninguna versión de las actitudes puertorriqueñas actuales frente al mundo exterior es satisfactoria si no traza la génesis de dichas actitudes a ese libro. El tono del argumento es de conservadurismo social. Tal vez eso explica porqué los movimientos que han inspirado parecen tener, hasta la fecha, una nota pequeñoburguesa más bien que de clase obrera. Por lo menos, es sugestivo el hecho de que muy poca de esa literatura contenga una franca crítica socialista de la civilización norteamericana. En cierto sentido, eso es en sí mismo, paradójicamente, un resultado de la naturaleza de aquella civilización, pues al hacer la anatomía del nacionalismo colonial hay un sentido muy verdadero en que los movimientos libertadores coloniales están formados en el espíritu de los movimientos progresistas de la "madre patria". Es bien conocida la influencia del Partido Laborista inglés sobre los movimientos nacionalistas en los antiguos territorios coloniales británicos. Igualmente, la influencia del socialismo humanista francés sobre la *intelligentzia* que han suministrado los gobernantes de los nuevos estados como Guinea, Senegal y la Costa de Marfil. Parejamente, los supuestos básicos de los movimientos reformistas tanto en Puerto Rico como en las Islas Vírgenes han sido los del liberalismo norteamericano. Este, en raras ocasiones, ha sido socialista y, en verdad, no se ha preocupado tanto de eliminar el motivo del lucro de la vida norteamericana como de tratar de conjurar sus ma-

nifestaciones más desagradables y antisociales. De este modo, todos los elementos más importantes del credo liberal norteamericano han sido exportados a sus dependencias: la idea de consenso social básico que exhime de la necesidad de una ideología verdaderamente radical, la confianza en la razón como un medio de resolver los conflictos, el constitucionalismo a veces árido, la pasión de "hacer bien", el énfasis sobre la personalidad. Estos elementos fatalmente han limitado los horizontes intelectuales del liberal del Caribe tanto como del liberal de los Estados Unidos.

Este es, ciertamente, un punto tan importante que merece mayor énfasis. El empirismo norteamericano, con su desconfianza de la teoría, alienta a la política del oportunismo, ya que deja al liderazgo político en situación de no poder hacer otra cosa sino responder en forma inteligible a quien presiona de día a día. La maniobra sustituye al principio. El análisis teórico cede el paso a la organización y al "hombre organización". Resultado —que el órgano de la dialéctica— queda mutilado. Al ser copiado ese empirismo por los progresistas de los territorios de ultramar, queda desterrada toda idea o programa que vaya más allá de lo inmediatamente práctico, calificándosele de "utópico", "doctrinario" o "rígido". Estos son adjetivos que es de interés notar prosperan como la yerba en las discusiones políticas de Puerto Rico. De esta guisa, el programa del Nuevo Trato en Puerto Rico, en su primera época, nunca pasó más allá del supuesto del más amplio programa del Nuevo Trato en los Estados Unidos, en el sentido de que el colapso del orden económico sólo exigía reformas fragmentarias de carácter "práctico". El supuesto fue muy bien resumido por un funcionario norteamericano en la isla quien comentó entonces: "Tenemos que usar a hombres científicos, impersonalmente científicos, en cada aspecto del problema insular, con un visionario, un sentimental práctico, de suprema autoridad sobre ellos".<sup>8</sup> La influencia de Rexford Tugwell sobre el pensamiento político local sólo ha agravado ese elemento, pues habla, misteriosamente, de un "arte de la política", cuya misión es "limpiar" la sociedad de los negocios antes que reemplazarla con una sociedad enteramente nueva, funcionante sobre nuevos supuestos básicos. Los puertorriqueños y los habitantes de las Islas Vírgenes han recibido muchos bienes de la tradición liberal norteamericana, desde luego. Se puede citar como ejemplo la labor de la unión Norteamericana de Libertades Civiles, al proteger sus derechos civiles. Pero han recibido muy poco en términos de pura teoría, mientras que el clima intelectual del liberalismo norteamericano después

<sup>8</sup> Citado en Trumbull White, *Puerto Rico and its People* (Nueva York, Frederick A. Stokes Co., 1938), p. 34.

de la guerra, con su conformismo senil y su consoladora convicción de que todas las grandes cuestiones de teoría social ya han sido clausuradas con el advenimiento de la prosperidad económica, ha convertido la meditación en los primeros principios casi en una actividad "antinorteamericana". De este modo, al igual que la Doctrina de Monroe sirvió en la centuria para aislar a la América Latina de la influencia intelectual de la Europa liberal, en modo semejante la conexión con los Estados Unidos ha servido en el presente siglo para aislar a los puertorriqueños de la influencia intelectual de los círculos nacionalistas y marxistas en los centros de pensamiento latinoamericano. Quizás la disciplina de la sociología se preste, para ilustrar mejor esta verdad. La sociología, como la nueva ortodoxia norteamericana, ha infectado profundamente al estudioso puertorriqueño educado en las universidades del Norte. Pues se trata de una sociología de la estática, que pone el acento sobre el valor moral de la "estabilidad" en las instituciones sociales y desconfía del "cambio", visto casi como una amenaza a aquellas instituciones. Sin embargo, nada podría ser más fantásticamente inadecuado para el análisis de estas sociedades, como la América Latina, incluso Puerto Rico, donde todas las instituciones se hallan en proceso dinámico de cambio y donde, aún más, se acepta la conveniencia del cambio como noción fija en todos los grupos salvo, tal vez, los de las clases gobernantes. En tales sociedades las herramientas del análisis intelectual debieran ser tan variadas y flexibles como sea posible, incluso, especialmente, las del marxismo. Pues, como ha señalado Schumpeter, los principales conceptos analíticos del marxismo son instrumentos legítimos para el continuo análisis social, y ciertamente hubieran sido desarrollados por la sociología posterior a Marx, si hubiera existido una atmósfera de investigación sin prejuicios.<sup>9</sup> La tragedia intelectual de Puerto Rico es que, entre las convulsiones de la dinámica social, se le ha hecho cautiva de la estática social. No podrá unirse de nuevo al universo de discurso mundial hasta que se rectifique tal situación.

La emergencia del nuevo nacionalismo no ha ocurrido sin provocar críticas. En Puerto Rico, como en todas partes, se ha visto atacado por un nuevo provincianismo, irremediablemente arcaico en un mundo internacionalista. El nacionalismo es un vino intoxicante, advierten los críticos. Engendra el sentimiento de que siempre la nación está en lo correcto, el etnocentrismo y la arrogancia, que son las peores características de la razón de estado en la política internacional. Hay pocas razones para presuponer que el nacionalismo negro será más

<sup>9</sup> F. Schumpeter, *History of Economic Analysis* (Nueva York, Oxford University Press, 1955) p. 440.

agradable, en todos esos aspectos, que el nacionalismo europeo. En ese sentido —usando las palabras famosas de Milton—, el presbítero afroasiático no es otra cosa que el viejo sacerdote europeo en mayor escala. En la medida en que el mundo escuche una vez más al llamamiento nacionalista, despertará de nuevo todas las fobias que hasta la fecha han obstaculizado tan tenazmente la idea de un gobierno y de una comunidad mundiales.

No hay duda de que hay algún sentido en estas críticas. Pues aparte de las consideraciones teóricas pertinentes al lugar de la soberanía en un mundo transnacional, el nuevo nacionalismo ofrece bastantes rasgos desagradables como para dar qué pensar al liberal y al internacionalista. Ese nacionalismo invocó un concepto de "raza" y de "pureza racial" que es tan poco científico cuando se aplica al afroamericano como al caucásico. La admonición que hizo Garvey a las poblaciones negras de que "ustedes se han convertido en la gente más corrupta del mundo, el pueblo generalmente engañado del mundo, el pueblo mixto del mundo",<sup>10</sup> es sintomática y ayuda a explicar el factor de Fascismo Negro en su programa, así como su disposición a cooperar con los partidarios de la "supremacía blanca" en el Sur de los Estados Unidos para promover un separatismo racial, que en cada caso se quería por razones diferentes. La exhortación al arte y a la literatura para que sean leales a la nueva tradición puede dar pie a un "realismo nacionalista" tan absurdo en sus manifestaciones más excesivas como el "realismo socialista". Ya he citado en otra parte algunos de los ejemplos más cómicos de este tipo de cosas en Puerto Rico. La política de la autarquía económica en un mercado mundial se condena al fracaso. La soberanía nacional, por sí misma, puede que resuelva muy poco de los problemas más arduos a que hacen frente los países "subdesarrollados", como lo prueban los males que sufre la sociedad haitiana en el Caribe. Desde el punto de vista de la seguridad nacional, la historia del Caribe seguramente prueba —dicen finalmente los críticos— que las islas de esta región han podido conservar su integridad territorial sólo cuando las ha protegido alguna gran potencia dispuesta a mantener su autonomía.

Sin embargo, plantear el problema en esos términos es seguramente una forma de plantearlo mal. La alternativa que tienen que encarar los líderes de las nuevas naciones no es entre el nacionalismo y el internacionalismo, sino entre el nacionalismo a ultranza y uno que esté dispuesto a modificarse dentro de la enmarcadura de una "asociación más estrecha" con otros. Es por eso que el debate entre

<sup>10</sup> Citado en *The Torchlight* (St. Georges, Grenada British West Indies) 20 de marzo de 1957.

insularismo y occidentalismo en Puerto Rico es tan falso y tan de farsa, pues emplea conceptos polarizados que poco tienen que ver con realidades candentes. De hecho, nada hay de incompatible entre la lealtad a la nación y un sentimiento cívico mundial, pues la una es, desde el punto de vista psicológico, la condición para el otro. Los hombres como cuestión de hecho, pertenecen al ejército de la humanidad mundial, pero antes, son miembros del pequeño pelotón. Con éste aprenden a comprender que son parte de una organización mayor. La intensidad emocional del patriotismo en Ghana, Indonesia o Trinidad puede parecer alarmante para el europeo o el inglés. Pero esto es así solamente porque el observador occidental inconscientemente hace una comparación con su propio e insulso sentimiento nacional. En la perspectiva histórica, la única comparación equitativa sería con el nacionalismo de las sociedades occidentales en su propio "momento de verdad", por así decirlo. Me refiero a sus propios períodos en que estaban emergiendo a la vida nacional. Es la Inglaterra de los Tudors o la Francia de Luis XIV, tratando de inculcar un nuevo patriotismo nacional frente a las fuerzas del feudalismo internacional y de las guerras civiles fratricidas, con las que hay que comparar a las actuales Trinidad o Guinea. En forma semejante, el crítico norteamericano de nuestros días viene obligado, si el concepto de imaginación histórica significa algo, a comprender que la medida propia con qué enjuiciar la "afirmación" nacionalista en las artes y las letras del Puerto Rico de hoy no son los Estados Unidos como potencia mundial del siglo veinte sino la joven república del siglo que siguió a 1787 con la lucha de su genio nativo, desde Freneau y Barlow a Whitman y Hamlin Garland, por emancipar el espíritu creador norteamericano del dominio de la tradición "*genteel*" impuesta por la mentalidad de Nueva Inglaterra con sus prejuicios anglófilos. Pues justo como aquella mentalidad produjo, en su poesía típica, un género moralista-sentimental completamente divorciado de las ásperas realidades norteamericanas de la Edad Dorada, de forma semejante la imitación espontánea del romanticismo literario produjo una poesía puertorriqueña típica (en Gautier Benítez, por ejemplo, una poesía de estados de ánimo maduros en la que *nihil novum sub sole* excepto, tal vez, la obra afronegroide de Luis Palés Matos. La doctrina paulina de la diversidad de los dones se aplica, después de todo, a los pueblos tanto como a los individuos y en su distribución del trabajo es una característica prominente de las artes de la civilización. Cada pueblo, como lo vio Pedreira, hace su propia contribución única. Cada pueblo también, atraviesa sus diversos períodos de producción, algunas veces plácidos, otras en fermento excitante. Una comprensión de esa verdad

debiera frenar la crítica impaciente de los otros, aunque, por desgracia, hay que admitir que nunca ha sido una virtud de los norteamericanos, y tampoco de los ingleses, el mirar con simpatía los modales o las filosofías que les parecen extrañas.

Una respuesta parecida habría que hacer a las críticas que se formulan en los campos económico y político, distinguiéndolos de los aspectos culturales del nuevo nacionalismo. Es verdad que la soberanía política y la planeación económica internacional no se llevan muy bien. Ya es una verdad generalmente aceptada que la nación-estado es algo anacrónico desde el punto de vista de la organización racional de los recursos mundiales. Cuando se informa que un primer ministro conservador de la Gran Bretaña ha dicho que él ya no se puede sentir obligado por la cláusula de la Carta de las Naciones Unidas que prohíbe la intervención en los asuntos nacionales internos de otros países, es patente que aquella convicción se ha convertido en idea respetable. El futuro del nacionalismo, entonces, reside en la renuncia gradual de su soberanía para delegarla a organismos inter-regionales e internacionales, probablemente de carácter funcional. Estos organismos imperceptiblemente asumen las responsabilidades de política y administración en áreas sucesivas de interés común, pues en un mundo unificado, el mundo mismo es la única unidad económica viable. El proceso en el cual la nación-estado será trascendida girará en torno a dos conceptos básicos: el primero es el de federalismo funcional, por el que los gobiernos forman organizaciones conjuntas de servicios, y el segundo es el de multilateralismo en la producción de bienes por el cual los gobiernos cooperan para planear conjuntamente la producción especializada y la distribución de las diversas mercancías. Este es el camino, se arguye, que ya han empezado a recorrer las principales naciones de Occidente, como lo demuestra el desarrollo del Mercado Común en Europa. Sería una catástrofe si toda esa labor se echara a perder por obra de la súbita emergencia de un nacionalismo rejuvenecido en las antiguas regiones coloniales del mundo.

¿Hasta qué punto las nuevas naciones están obligadas por este tipo de argumento? Para comenzar, desde luego, están obligadas hasta el punto de que tal argumento resume las distintas consideraciones que han convertido en anacrónico el concepto de nación-estado de aquella época, cuyo pensamiento político fue resumido magistralmente por primera vez por Grocio. Como dice la Biblia, nadie puede añadir una pulgada a su estatura. En forma semejante, ninguna nación puede dejar espontáneamente de ser miembro de la sociedad mundial o escapar a las leyes generales que la norman. Por lo tanto, los sermones sobre la moralidad del internacionalismo están de más. Realmente son

superfluos porque las nuevas naciones ya han comenzado a demostrar su capacidad de organizar ellas mismas estructuras de cooperación regional para fines comunes. Se han convertido en las más entusiastas partidarias de la Organización de las Naciones Unidas, tan siquiera porque ven en ella el único medio posible de hacer su contribución a la paz mundial; un aporte que, por necesidad, tiene que situarse sólo en el plano moral, donde el tamaño y el poder dejan de ser los principales factores determinantes. Ha sido París, no Túnez; ha sido Washington, no La Habana, los que han permitido que nociones ilusorias sobre la dignidad nacional se opongan al funcionamiento del arbitraje internacional de los diferendos. Ha sido el doctor Nkrumah, no los líderes de Londres, Ciudad del Cabo o Salisbury, quien ha soñado en unos Estados Unidos de Africa y quien ha visto que tal plan federalista es posible solamente sobre la base de un gobierno mayoritario de los negros en el continente antes que sobre la base de una "supremacía del blanco" disfrazada con el lenguaje de la "asociación". Parejamente, en el Caribe, la verdadera respuesta a los problemas de la vulnerabilidad económica y a la inestabilidad política que azotan la región no ha sido dada por el falso plan federal de las Indias Occidentales propuesto por los formuladores de la política colonial británica, quienes nada saben por experiencia propia de los problemas del federalismo, sino por el doctor Williams, quien como historiador económico de las Indias Occidentales, desde hace tiempo se dio cuenta de la absoluta necesidad de una Comunidad Económica del Caribe. Esta emprendería, a través de sus servicios unificados políticos y administrativos, la planificación económica regional de todos los recursos del área. Parte de este sentimiento internacionalista de las nuevas naciones surge del dogma, como por ejemplo, del nuevo socialismo de los pueblos afroasiáticos. Parte emerge de la unidad interracial. Parte, en fin, viene del arduo reconocimiento de los hechos económicos y de la verdad que la ayuda mutua es la única salvación para las economías coloniales. Estas —como lo ha expresado muy bien el Programa de 1928 de la Internacional Comunista—, se han visto obligadas a representar los distritos rurales del mundo en relación con los países industriales, que representan a la ciudad mundial.

Este último punto ciertamente ayuda a explicarnos porqué los nuevos países se muestran menos dispuestos a proyectar su internacionalismo aún más allá que lo que en otras circunstancias harían, y especialmente en alianza con las naciones ya desarrolladas industrialmente. Una cosa es pedirles que se unan a un sistema mundial de planificación o de gobierno mundial, y otra, muy distinta, es pedirles que renuncien a su soberanía recién conquistada para cederla a orga-

nizaciones regionales de defensa como el Pacto de Varsovia o la Organización del Tratado del Atlántico del Norte (O.T.A.N.) que, detrás de toda la retórica que emplean, son instrumentos de la Guerra Fría adoptando, según la frase de Hobbes, la postura de gladiadores armados una frente a la otra. Hay tanto sentido como virtud en unirse a estructuras como la Organización Mundial de la Salud y al Convenio General sobre Tarifas y Comercio. La primera ha contribuido mucho para extirpar importantes enfermedades tropicales en el Caribe, mientras que la decisión de Jamaica de poner fin a su prolongado apartamiento de la segunda es testimonio del esfuerzo genuino de sus organizadores de ajustar su tarea principal de eliminación de tarifas a los problemas especiales de las industrias nacientes dentro de los países menos desarrollados que pudieran todavía sentir la necesidad de una política neoproteccionista. Pero hay la sospecha justificable ante otros programas económicos regionales que, como el Mercado Común europeo, parecen estar primordialmente preocupados con la erección de un nuevo orden económico europeo de protegerlo por medio de una muralla continental arancelaria, contra la competencia tanto de los sistemas capitalistas rivales, ya establecidos, como el de los Estados Unidos, como de los nuevos productos industriales de las economías "atrasadas" que se modernizan. Ya hay ciertamente mucha evidencia para justificar la sospecha por parte de los productores de alimentos y cítricos en las Indias Occidentales de que si la Gran Bretaña se une al Mercado Común, al poner fin a las preferencias tarifarias imperiales, como tendrá que hacerlo tarde o temprano —surtirá el efecto de acabar con la posición privilegiada de aquéllos. Mientras tanto, resulta aventurado, por decir lo menos, que el logro de alguna concesión por ejemplo, la de la condición de Territorio Asociado de Ultramar—, que ayudaría a atenuar el golpe, dependa de la disposición y la capacidad del gobierno británico a emprender una campaña entre sus nuevos colegas europeos en favor de sus antiguos protegidos coloniales. Cualquier dirigente de las Indias Occidentales, al contemplar tales posibilidades, tendrá que reflexionar sobre la tendencia inglesa —que se hizo brutalmente obvia en el proyecto de ley de Control de Inmigración de 1962— a seguir la política norteamericana de inmigración restringida y sobre lo que tal hecho significa con respecto a la pomposa retórica sobre la unidad y la amistad en el *Commonwealth*.<sup>11</sup>

Con otras palabras, en un mundo en que el interés de los países

<sup>11</sup> Con relación a esto véase *The Economics of Nationhood*, The Office of the Premier, Government of Trinidad and Tobago, Port of Spain, Trinidad; *European Integration and West Indian Trade*, *Ibid.*; *Commonwealth Preference in the United Kingdom*, Political and Economic Planning, Londres, 1960; y *Britain in the European Common Market; How it may Affect the West Indies*, Londres: The West India Committee, Reproducido en el *Daily Gleaner* en Kingston, Jamaica, el 11 de febrero de 1962.

industrialmente avanzados se enmascara con frecuencia de "internacionalismo", es prudente que las nuevas economías nacionales traten de retener lo que tienen en vez de sacrificarlo todo en aras de la "unidad mundial" o del "gobierno mundial". Esas economías darán la bienvenida a la ayuda extranjera, pero señalarán, al mismo tiempo los riesgos que la acompañan: el control político que a menudo trata de venir con la asistencia económica y que sólo podría ser eliminado encauzando tal ayuda por organismos internacionales. En su calidad de productores primordialmente de alimentos y materias primas, insistirán en que mientras las principales economías industriales protejan sus propias grandes empresas ganaderas utilizando medidas tarifarias discriminatorias, como es notoriamente el caso en los Estados Unidos, ellos tendrán que tomar represalia lo mejor que puedan por medio de barreras arancelarias, uniones aduaneras regionales, etc. Señalarán también que no obstante todo el estrépito que circunda a los programas de ayuda al exterior, las tremendas desigualdades en los niveles de vida internacionales no sólo subsisten sino que se están poniendo peores. Seguirán creyendo, parecidamente, que estas desigualdades no serán eliminadas con la emergencia de un Estado-Providencia internacional, ni tan siquiera con la generosidad aún de gobiernos de izquierda en Europa, sino con el creciente poder político del antiguo gobierno colonial. Tampoco se olvidarán de añadir una nota optimista, pues saben que el hecho más destacado de la política mundial en los últimos dos siglos es que la iniciativa revolucionaria ha pasado al mundo colonial. No pueden olvidar que los movimientos socialistas de Europa han ayudado y estimulado al industrialismo moderno a destruir los sistemas económicos nativos de Asia y Africa, sin que apenas hicieran esfuerzos por impedir o aliviar la miseria y la degradación que los abrumó. Insistirán, además, que en virtud de su propio carácter de movimientos nacionales, ni el liberalismo norteamericano ni el socialismo como el de la Sociedad Fabiana de Inglaterra se han podido emancipar de sus propios supuestos nacionales y que la ayuda que viene de tales fuentes es, por lo tanto, limitada y localista.

El verdadero internacionalismo a que hacen frente las nuevas naciones no es, en realidad, el internacionalismo de las utopías socialistas sino el falso internacionalismo de los "intelectuales de la O.T.A.N., en el nivel político, y el de las firmas de bancos y empréstitos de las capitales norteamericanas y europeas, en el nivel económico. Su respuesta al dilema político puede comprobarse en la emergencia del neutralismo como su característica política extranjera. Su respuesta al dilema económico, que es tal vez menos fácil de elaborar, se concentra en el intento general de desarrollar sus propios

recursos por medio del esfuerzo regional cooperativo y de disminuir, lo mejor que puedan, su necesaria dependencia de las inversiones de capital extranjero. Son bien conocidas las dimensiones extravagantes de tal dependencia en el caso de Puerto Rico. Pero no se trata de un problema que se limita a los países subdesarrollados. También aflige a las economías desarrolladas. Así, para mencionar algunos ejemplos: una comisión real ha recomendado severas medidas para regular la adquisición de recursos naturales noruegos, especialmente en el campo de la energía hidráulica, por personas extranjeras. Varias comisiones reales en el Canadá han prevenido contra el creciente control económico norteamericano de la economía federal, incluso contra el diluvio de periódicos y revistas norteamericanas que amenazan convertir al Dominio en un satélite cultural norteamericano. Basta leer los debates de noviembre de 1960 en la Cámara de los Comunes en torno a la decisión del Tesoro de permitir el traspaso de una mayoría de las acciones de la British Ford Motor Company a los intereses norteamericanos de Detroit para apreciar cómo, para muchos ingleses, esto significa la posibilidad de una grave enajenación de importantes recursos industriales, con muy serias consecuencias no sólo para la política de empleo en la industria británica sino también para la política extranjera. Si un gobierno laborista inglés decidiera, en el futuro, nacionalizar la industria automovilística se enfrentaría —en estas circunstancias— con una crisis en las relaciones exteriores, crisis que no dejaría de parecerse a la que surgió cuando el gobierno mexicano nacionalizó después de 1937, a las petroleras norteamericanas. De esta guisa, se frustra una política nacional democrática por medio de la ubicación extraterritorial del poderío económico. Tal vez sea esta la verdadera razón porqué existe la necesidad de retener la soberanía política local, pues como un grupo de oposición en Puerto Rico ha insistido, la autoridad política es un requisito previo a la libertad económica. Sin ésta, no puede registrarse la toma de decisión entre vías de acción alternas que constituye en esencia el problema económico.<sup>12</sup> Por lo tanto, es de lamentarse que gran parte de la literatura de alabanzas a la "Operación Manos a la Obra" en Puerto Rico se halle tan intensamente preocupada con la recitación complacida de ganancias y beneficios mientras que desconoce absolutamente este aspecto más fundamental del problema. Quizás es por eso que el extenso folleto publicado por la National Planning Association en 1958 dedicó espacio para catalogar —sin comentarios críticos propios— las aprehensiones de los inversionistas norteamericanos frente al crecimiento de los sin-

<sup>12</sup> Véase la crítica hecha por el Movimiento Pro-Independencia de la "Operación Manos a la Obra" en Paquita Perquera de Mari, *El Mundo*, 19 de julio de 1961; y "Tesis Política del Movimiento Pro-Independencia" en *Claridad* de abril y mayo, 1962.

dicatos obreros en la isla y al desarrollo de la legislación de salario mínimo puertorriqueña, mientras que nada decía sobre los problemas que surgen de la propiedad absentista económica y fiscal.<sup>13</sup>

La mayor parte de los liberales estarían de acuerdo en que la última solución para todo esto es algún tipo de gobierno mundial que pueda ofrecer a las naciones más pequeñas y más débiles alguna seguridad de protección contra los males que tanto las hacen padecer en la actualidad. Los estados pequeños, como los del Caribe, situados en una zona vital de la estrategia comercial y militar, necesariamente están inseguros mientras no exista tal orden mundial. Pero sería caer en la demagogia utopista de la peor y más ilusoria especie el imaginarse que tal orden nacerá rápida o fácilmente. Sólo puede surgir paso a paso, como ya lo hace bastante obvio el tempo glacial con que están emergiendo las instituciones políticas federales que son la contrapartida lógica a los actuales convenidos económicos regionales. Por lo tanto, el rumbo a seguir por las naciones pequeñas es la organización de agrupaciones regionales, con los países vecinos que estén en circunstancias parecidas. Sin embargo, no hay que insistir en que la decisión de unirse a una agrupación tiene que ser el resultado de la consulta plena con todos los interesados, renunciando, por así decirlo, a retazos su soberanía, en forma voluntaria y sobre un pie de igualdad. No es necesario decir que ése no ha sido el caso en Puerto Rico. Pues, como lo señalara el delegado de la India en la discusión de 1953 en las Naciones Unidas, no puede existir un pacto genuino entre dos países sino sobre pie de igualdad, y Puerto Rico no estaba en forma alguna libre de la presión externa cuando el "pacto" de 1952 fue ratificado. Cualquier asociación entre estados bajo cualquier forma que se caracterice por tal presión no es el reconocimiento de una independencia real sino un método de enmascarar las reliquias de un pasado colonial.<sup>14</sup> Solicitar que se renuncie a la soberanía nacional cuando tal soberanía está de hecho presente para ser rendida, es equitativo. Pero solicitar tal cosa cuando tal soberanía realmente no existe es añadir a la injuria. "No hay internacionalismo sin naciones", ha declarado suscitadamente un crítico puertorriqueño del gobernador Muñoz Marín "pues internacionalismo es relación entre naciones, relación decente o indecente entre naciones. Muñoz Marín no es partidario de esta relación decente entre naciones. Es partidario de la indecente relación entre naciones sojuzgadas, como Puerto Rico, y naciones so-

<sup>13</sup> William H. Stead, *Fomento, The Economic Development of Puerto Rico*, National Planning Association, Washington, D. C. Marzo de 1958, pp. 101-103; y Werner Baer, *The Puerto Rican Economy and United States Economic Fluctuations*, Centro de Investigaciones Sociales, Universidad de Puerto Rico, 1962, pp. 148-149.

<sup>14</sup> Naciones Unidas, Asamblea General. Octava Sesión A/PV/429, 27 de noviembre de 1953, pp. 1193-1194.

juzadoras como Estados Unidos. Los partidarios del verdadero y decente internacionalismo somos en Puerto Rico los partidarios de la independencia, los que queremos incorporar a Puerto Rico a la vida decente de las relaciones internacionales con todas las naciones de la tierra".<sup>15</sup>

Pues la verdad es, desde luego, que el nuevo nacionalismo ha surgido como una respuesta al viejo colonialismo. Si es una enfermedad, no es una enfermedad *sui generis*, sino el esfuerzo valiente de un pueblo nativo por crearse el respeto propio y el orgullo nacional tan efectivamente minado por la servil mentalidad colonial. El desprecio del europeo educado de la Era Victoriana por el saber de las antiguas civilizaciones de Oriente y Africa es bien conocido. Basta recordar la afirmación desdeñosa de Lord Macaulay en el sentido de que... "toda la información histórica que pueda ser recogida en lenguaje sánscrito es menos valiosa que lo que puede hallarse en los más mezquinos resúmenes utilizados en las escuelas preparatorias en Inglaterra..." o el *dictum* imperial de Lord Acton de que... "los persas, los griegos, los romanos y los teutones son los únicos forjadores de la historia, los únicos autores del adelanto. Las otras razas... son un elemento negativo en el mundo; algunas veces la barrera, algunas veces el instrumento, algunas veces los materiales de aquellas razas a quienes les es dado originar y avanzar".<sup>16</sup> El occidental culto tal vez no hablaría hoy con tan poca cautela. Sin embargo, no es tan seguro que la actitud ahí expresada haya cambiado en ningún sentido verdadero en lo que concierne a los grupos medios de la sociedad occidental. Una ojeada a la prensa británica revelará enseguida una ignorancia bien difundida de lo que son las Indias Occidentales y un menosprecio, teñido de racismo, por la persona del indio occidental. Todavía es posible que un importante periódico del Canadá opine editorialmente que el futuro de Jamaica está amenazado por el fenómeno del "... número de empleados semiletrados del servicio civil que están substituyendo a los experimentados funcionarios y oficinistas ingleses...", lo cual constituye una burda tergiversación que fue rápidamente corregida por los lectores de ese periódico canadiense en las Indias Occidentales.<sup>17</sup> Puerto Rico mismo ha sufrido por mucho tiempo los efectos de la creencia aún popular entre los norteamericanos de que los latinos son emocionalmente "diferentes", opinión que quedó bien expresada en un libro sobre la isla que se publicó

<sup>15</sup> Juan Antonio Corretjer, *La Lucha por la Independencia de Puerto Rico*. Unión del Pueblo Pro-Constituyente (San Juan, Puerto Rico, 1949) p. 101.

<sup>16</sup> Citado en Eric Williams, *History of the People of Trinidad and Tobago* (Puerto España, Trinidad: Peoples National Movement Publishing Co., 1962), p. 111.

<sup>17</sup> *Toronto Globe and Mail*, Toronto, Canada, 7 de mayo de 1958. Citado en *Public Opinion* (Kingston, Jamaica) 24 de mayo de 1958.

en 1927: "Estos isleños, como el resto de su raza, son fundamentalmente emocionales mientras que el continental no es emocional".<sup>18</sup> El artículo de Alfred Kazin sobre la isla en la revista norteamericana *Commentary* demuestra, finalmente, que hasta un crítico literario, supuestamente sensitivo, puede ser empujado a escribir un ensayo virulento y despreciativo hacia un ambiente tropical que parece haber perturbado su comodidad, tanto física como mental.<sup>19</sup>

Esta persistencia de las actitudes coloniales, aun cuando el colonialismo como hecho político ha desaparecido, ayuda a explicar porqué alguna forma de nacionalismo es una de las más fuertes emociones sociales de los nuevos países emergentes. La decadencia de esas actitudes probablemente alentaría la disminución por lo menos de los nacionalismos más xenófobos, aunque la historia de la emoción en sus primeras formas europeas sugiere que, una vez establecida, probablemente duré mucho. Pero en sus manifestaciones últimas tiene, desde luego, sus elementos positivos también, como los meramente negativos. Es humanista. La gracia y el calor de vida de gran parte de la cultura latinoamericana es el resultado final de un proceso de destilación que se inició en la fuente clásica del humanismo español, y cuando los funcionarios puertorriqueños elevan una petición al gobernador Rockefeller para que perdone la vida de un joven asesino puertorriqueño de Nueva York como Salvador Agrón, dan testimonio del poder perenne de esa tradición en la vida de la isla. Hay una nueva actitud hacia el arte y la educación. Tanto México como Haití la ejemplifican en el arte, mientras que basta recordar la gran visión profética del ilustre inglés, Codrington, quien, hace más de doscientos años, planeó un sistema de enseñanza universitaria para todas las Indias Occidentales, para apreciar la verdad de que si el acicate del nuevo nacionalismo europeo, después de 1500, fue la religión del estado, la piedra angular del nuevo nacionalismo contemporáneo, fuera de Europa, es la educación por el estado. Trata de extirpar el veneno del racismo en el mundo, lo que implica la búsqueda de una nueva asociación a base de igualdad entre los pueblos blancos y no-blancos. Pues sabe, demasiado bien que, tanto para el liberal norteamericano como para el socialista europeo, el ideal de solidaridad internacional con frecuencia ha terminado en las fronteras del color de la piel. Finalmente, no trata tanto de rechazar el saber y la ciencia europeos (lo que sería chauvinismo de la peor especie) como de imprimirle nuevas direcciones, aplicarlo a nuevos problemas. Esa,

<sup>18</sup> Arthur James, *Thirty Years, in Porto Rico*, San Juan, Puerto Rico, Porto Rico Progress, 1927, p. 20.

<sup>19</sup> Alfred Kazin "In Puerto Rico", *Commentary* (Nueva York, febrero de 1960). Véase además, *Commentary*, marzo de 1960.

por lo menos es la tónica de la conmovedora *Lettre à Maurice Thorez* de 1956 en que Aimé Césaire el líder antillano francés, no sólo anunciaba su renuncia como miembro del Partido Comunista francés sino, aún más, exigía una completa reorientación moral del marxismo y del comunismo tradicionales para asegurarse de que esas doctrinas fueran puestas al servicio de los pueblos de color y no éstos al servicio de las doctrinas. El líder antillano dice a los comisarios de París que su anticolonialismo lleva el estigma del mismo colonialismo contra el cual lucha: porta consigo el mismo prejuicio asimilista, el mismo chauvinismo inconsciente, la misma convicción de la superioridad de la sociedad occidental que caracteriza a la actitud burguesa europea ante el resto del mundo. Los pueblos coloniales, concluye, han sido las víctimas de una verdadera revolución copernicana en que los dirigentes europeos, desde la extrema derecha a la extrema izquierda, han caído en el hábito de hacer cosas para nosotros, de arreglar los asuntos para nosotros, de pensar por nosotros, en breve, de negarnos el derecho a la iniciativa que es el derecho básico de la personalidad.<sup>26</sup>

¿Qué significa todo esto en términos de relaciones entre el Viejo y el Nuevo Mundo? Ya hay cosas que son evidentes. En la diplomacia significa una política extranjera de neutralidad, probablemente de matices variables, cuyas raíces están en (1) la renuencia de verse complicadas en las maquinaciones de las grandes potencias y (2) una ansiedad natural por ahorrar tanta energía y espíritu como sea posible para los problemas nacionales de crecimiento económico y cambio social. Los norteamericanos, es de observarse, como pueblo con una larga tradición de aislamiento debieran, entre todos los otros, de ser muy tolerantes hacia los países que están pasando por una evolución parecida y revelando síntomas semejantes en la escena internacional. Desde el punto de vista, esto conduce lógicamente a una renuencia de parte de los nuevos países a abanderizarse con los nuevos imperialismos estratégicos de esta edad. La suspensión inmediata de los compromisos actuales sería, desde luego, difícil. Por ejemplo, un Puerto Rico independiente podría comenzar haciendo proposiciones —algo semejante a las recientes recomendaciones de Trinidad sobre la base naval de Chaguaramas— para una administración conjunta de las bases norteamericanas en la isla, y luego, adelantar hacia un acuerdo que protegería el derecho puertorriqueño a ser consultados antes de que se establezcan plataformas para el lanzamiento de cohetes de gran alcance, que proveería para un más breve período de arrendamiento y posiblemente anticipara últimamente la liquidación de las

<sup>26</sup> Aimé Césaire, *Lettre à Maurice Thorez* (Paris, Presence Africaine, 1956), págs. 12-13.

bases, a la manera del convenio de 1959 entre los Estados Unidos y Filipinas. Un acuerdo más o menos de este tipo tendrá que hacerse en el futuro sobre la base de Guantánamo en Cuba. Las negociaciones debieran ser más fáciles a la luz del hecho, bien conocido por los jefes de la Armada de los Estados Unidos, de que la utilidad estratégica de la base ha desaparecido prácticamente con la revolución moderna en la tecnología naval hasta el punto de que hoy sirve meramente de base de adiestramiento para la Flota del Atlántico y como centro de recreo para los viejos oficiales de la Armada que están cumpliendo sus últimas tareas antes de retirarse.

Sin embargo esto es, después de todo, la neutralidad política: nada más y como tal poco más que una variación de un tema suizo. La contribución más seminal del nuevo nacionalismo seguramente ocurrirá en el reino de las ideas del siglo veinte. Durante unos tres siglos la teoría política ha sido mayormente recinto exclusivo del pensamiento europeo, de modo que no ha sido fácil darse cuenta de que sus teorías de libertad, sociedad y estado han sido recapitulaciones de una experiencia histórica estrecha y selectiva, restringida a las más importantes sociedades de Europa y Norteamérica. Hasta el marxismo ha sido parte de la economía clásica en sus supuestos económicos y en sus ideas morales que han sido tildadas muy propiamente de constituir la última gran herejía del cristianismo. Por consiguiente, estas teorías son guías problemáticas para las sociedades que no son occidentales en su historia, su psicología y su índole general. La libertad, para la mentalidad liberal de occidente, ha significado la ausencia de limitación social sobre la voluntad del individuo, mientras que se daban por sentadas todas las comodidades del orden social y en tanto que la teoría del estado no ha significado mucho más que la idea del pensador liberal inglés T. H. Green de que la misión del estado era eliminar los obstáculos para una vida agradable. Ciertamente, a pesar del estado-providencia anglosajón, la popularidad de frases como "la sociedad afluyente" (o "abundante") la "sociedad irresponsable" refleja la verdad fundamental de que, hasta la fecha, ni el liberal norteamericano ni el socialista europeo han hecho mucho para refrenar el predominio social del motivo del lucro en el pulpo industrial moderno, ya no se hable de reemplazarlo con la comunidad colectivista. Existe el hecho adicional de que la emergencia del nacionalismo en su forma europea coincidió con la del capitalismo, mientras que el nuevo nacionalismo llega en momentos en que el capitalismo en sus formas básicas se halla en decadencia. Aun la Revolución Rusa de 1917 no escapó al supuesto, primordialmente capitalista, de que la tecnología de la máquina está destinada a destruir todas las culturas

pre-industriales. De esta suerte, el logro de sus líderes no fue más que el cumplimiento del sueño de Pedro el Grande de una Rusia occidentalizada. Fue impuesto a las masas rusas con una rapidez implacable y una minuciosidad sin misericordia que dejó atrás cualquier cosa que intentaron los Zares. En comparación, los nuevos nacionalismos de Africa, Asia y América Latina buscan una síntesis de civilizaciones en que la pasión por lo nuevo no implica, como ha ocurrido en el crecimiento de la civilización norteamericana, un desprecio por el pasado.

¿Qué forma sincrética todo esto asumirá, al fin y al cabo? Sólo el tiempo puede decirlo. Por lo menos es seguro que estará formada por la nueva teoría política que inevitablemente habría de provenir de Accera y Nueva Delhi, El Cairo y Yakarta, Puerto España y La Habana durante la próxima generación. Seguramente girará en torno a un esfuerzo intelectual por concebir de nuevo los términos de la relación entre socialismo, nacionalismo e internacionalismo. En parte, volverá al socialismo humanista del joven Marx. En parte, se fundará en el sentimiento comunal de sus organizaciones sociales pre-industriales y construirá sobre éste, pues hay mucha verdad en la afirmación jactanciosa de Senghor en el sentido de que los africanos habían realizado el socialismo antes de la llegada de los europeos. Tratará de alejarse del materialismo vulgar de la vida occidental. En ese sentido, la observación hecha en el reciente informe de la Iglesia de Escocia sobre la Federación Central Africana en el sentido de que es esencialmente parte de la doctrina comunista pero no de la cristiana el estar insistiendo en las ventajas económicas como lo primario y casi como la única justificación suficiente para reformas constitucionales, es una verdadera advertencia para los puertorriqueños. Debe esperarse que hagan su aparición nuevas concepciones teóricas del partido político y del sindicato. Seguramente el estudio del internacionalismo, tanto en términos funcionales como éticos, habrá de recibir un nuevo y vigoroso impulso. El intelectual mexicano don José Gaos hizo una anticipación profética del tipo de imperativo que tal estudio puede producir al dirigir una admonición a los puertorriqueños en el sentido de que la solución a la presente lucha mundial entre las dos grandes potencias —Rusia y los Estados Unidos— puede estribar en un proceso gradual de transformación por el que "el mundo libre" se vaya socializando y el mundo comunista liberalizando, beneficiándose ambos de la inconsciente y recíproca asimilación de sus respectivos credos.<sup>21</sup>

Sería muy tentador y fácil tratar de salir de estos problemas por

<sup>21</sup> *El Mundo*, San Juan, Puerto Rico, 12 de febrero de 1962.

medio de un rechazo total, tipo spengleriano, de la cultura y la sociedad occidentales. La influencia del neofascismo de Spengler es muy verdadera en el "negrismo integral" de ciertos intelectuales africanos y del Caribe. Pero la tendencia central del nuevo nacionalismo no es tanto aspirar a que Europa se derrumbe sino insistir en que la hegemonía de la edad europea, para no mencionar al "siglo norteamericano", tiene que dar paso, sobre una base de igualdad, a la demanda de otras sociedades continentales que desean hacer sus nuevos aportes a la vida y a la cultura del mundo. Lo más probable es que tal anhelo se exprese más plenamente en un nuevo y radical intercambio de arte y cultura entre los mundos nuevo y viejo. Pues, hasta la fecha, los nuevos mundos han sido relegados al rol de telón de fondo silencioso para la "comunidad del Atlántico". Esta frase no ha sido otra cosa sino un eufemismo churchilliano que encubre la "supremacía blanca" en los asuntos internacionales. Es probable que surja un "colonialismo al revés" a medida que las antiguas regiones coloniales comiencen a dar y las viejas sociedades imperialistas a recibir. Hace aproximadamente setenta y cinco años que Charles Kingsley en su libro sobre las Indias Occidentales, *At Last; A Christmas in the West Indies*, tuvo la visión de ese proceso. "Cada Temporada Londinense —escribió— se realizan grandes y valiosos esfuerzos por convertir al Negro y al Pagano y por abolir sus costumbres y danzas bárbaras. Es de esperarse que algún día el Negro y el Pagano demuestren su gratitud hacia nosotros enviando sus misioneros aquí para convertir a la Temporada Londinense, con danzas y todo, y para ayudarnos a arrancarnos la viga del propio ojo, como recompensa por haberles ayudado nosotros a sacarse la paja de ellos".<sup>22</sup>

Ese proceso ciertamente ya ha empezado. En particular, a Puerto Rico le promete un nuevo día. Una vez que se le concediera la independencia política, su función cultural como encrucijada de las Américas quedaría inmediatamente aclarada. Pues separaría la función de la atmósfera política que actualmente permea la discusión de este punto. Al presente se hace mucho uso de insensateces retóricas sobre toda la cuestión mientras que el verdadero problema —si una sociedad políticamente subordinada, como es el caso de Puerto Rico por ser un territorio cedido, puede en realidad desempeñar un papel cultural independiente— es cuidadosamente evadido. Tal cosa puede verse con perfiles bien claros en el proyecto para establecer un centro universitario interamericano en la isla, idea que se ha venido discutiendo con cierta regularidad desde 1899. Siempre se ha presumido que dicho

<sup>22</sup> Charles Kingsley, *At Last; A Christmas in the West Indies* (Londren, Macmillan, 1887), p. 308.

centro funcionaría como instrumento para difundir la influencia norteamericana en todo el hemisferio. Tal supuesto se ve meridianamente en un pasaje revelador e ingenuo del Informe del Comisionado de Educación del territorio, escrito en 1904. "La estructuración de una gran universidad centroamericana" —argüía el funcionario norteamericano— "situada en territorio norteamericano, en medio de un pueblo de la raza latina, completamente norteamericana en espíritu y aspiración, transformándose rápidamente para una comprensión completa de la vida y las instituciones norteamericanas, espera la dotación económica que debe llegar en gran medida de la hacienda particular de los ciudadanos de los Estados Unidos. Tal institución, adecuadamente dotada, dando instrucción avanzada tanto en inglés como en español y uniendo los mejores elementos de la erudición norteamericana e hispanoamericana, ejercería una influencia poderosa y benéfica sobre toda la América Central y del Sur. Atraería estudiantes de todos estos países y difundiría las instituciones norteamericanas, interpretaría y pondría en vigor la Doctrina de Monroe, prepararía a los empleados públicos para prestar servicios en los países hispanoamericanos, formaría a los hombres profesionales y líderes de la sociedad y haría más para extender legítimamente la esfera de influencia norteamericana y para fomentar relaciones amistosas con los países al sur de nosotros que lo que harían cinco barcos de guerra norteamericanos, mientras que la dotación completa no costaría más que lo que cuesta un buque de guerra".<sup>23</sup> No es tan seguro que estos fines políticos —expuestos, tal vez, en forma menos tosca— no constituyan las motivaciones detrás de las actuales universidades en Puerto Rico cuando hablan de su función hemisférica. Mientras prevalezca tal situación, Puerto Rico tendrá dificultades —para decir lo menos— para encontrar su lugar propio en los consejos de las Américas y del mundo entero.

---

<sup>23</sup> Informe del Comisionado de Educación de Puerto Rico en 1904, en *Annual Report of the Department of the Interior for 1904* (Washington, D. C., Government Printing Office), págs. 444-445.